

prójimos, como lo había pensado Jesucristo? Monserrate fué la oficina en donde María labró ese espíritu generoso. ¿Pero en dónde sinó en Monserrate, y á los piés de María, atrajeron á sí el espíritu del Señor un S. Juan de Mata, un S. Francisco de Borja, un S. Luis Gonzaga, un S. José de la Madre de Dios? Monserrate puede gloriarse de que allí más que en otra parte ha producido María frutos de virtud y santidad. Frutos de santidad, que hechizan, que enseñan y convidan á vestirse de la santidad de Dios; á escuchar el eco de un Dios justo, que todavía elama con las piedras de este monte, y nos dice: que si colocó en él á María, fué para facilitarnos el cumplimiento de la ley, y la práctica de las virtudes. ¿Y no oiremos nosotros su voz? Veo á uno, que se consume sobre los libros para llegar á ser sábio: á otro, que se expone á mil muertes para llegar á ser gran soldado. ¿Y no os hallareis vosotros, hermanos míos, con espíritu para vestir de la santidad de Dios, y perfeccionaros en ella con los medios que os franquea Monserrate? A lo ménos espero de vosotros, una resolución tan provechosa. Vosotros, que subís al monte de María, enseñais prácticamente esta verdad, y convidais continuamente á penetrar en este monte del Señor, á fin de descubrir en los medios de que se sirvió Dios para colocar la imágen de María en Monserrate, una providencia solícita que se debe venerar: en la beneficencia con que se ha explicado María en su imágen de Monserrate, una misericordia compasiva que se debe implorar; y en el fin de la imágen de María en Monserrate una santidad que se debe imitar.

Verdad palpable; pero, si aún no se rinden á ella los espíritus orgullosos, Vos, Virgen santísima, Virgen inmaculada, Virgen poderosa, alcanzadles de vuestro Hijo santísimo luz para conocer la verdad, resolución para seguirla, espíritu para abrazarla; y á los que invocan y alaban á Dios en este santo monte protegédlos, amparadlos en este valle de lágrimas, hasta conducirlos al monte santo de la gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE.

DISCURSO II.

Fundamenta ejus in montibus sanctis.

Está fundada sobre los montes santos.

(PSALM. LXXXVI, 1).

Bien así, como María Madre de Dios, Reina de los ángeles y protectora de la humanidad, disfruta en el Cielo de una gloria inmediata á la de la Trinidad, su culto en la tierra no debe reconocer otro superior que el que la criatura tribute á su Hacedor supremo, y el mundo á su Reparador divino. Allá, entre los bienaventurados, forma su inefable gozo despues de la deífica vision que los hace felices; acá, en este lugar de infortunio y de angustia, es instrumento de la divina Providencia, nuestro amparo, nuestro consuelo, nuestro sostén. Ved ahí, oyentes, porque todas las naciones, todos los pueblos, todos los sexos, todas las categorías, todas las edades invocan á la Virgen Madre, y todos los idiomas ensalzan su nombre; y el monarca, desde su trono de oro, y el pobre pastor en su ahumada cabaña, levantan á Ella las manos en el día de la necesidad. Ved ahí porque sus alabanzas resuenan así en las bóvedas de inmensas basílicas, como en el hueco del árbol, donde en medio de tribus errantes le ha erigido una capillita el misionero; y porque las poblaciones y los montes y los rios y los bosques y los caminos y los despeñaderos, le dan un título, un dictado que significa siempre bondad, protección, amor. Es que en todas partes y para todo género de apuros, María prodiga sus beneficios á favor de los desgraciados. Es que cualquiera que sea la

advocacion con que se la aclama, nunca deja de ser la Reina de clemencia y la Madre de misericordia.

Sin embargo, preciso es convenir en que, entre las casi innumerables invocaciones con que la cristiandad honra á María, hay algunas que, si bien locales en su origen por decir relacion á un suceso ó sitio determinado, se han hecho despues como universales, y encierran no sé qué de misterioso y sublime, que atrae los corazones abriéndoles á la confianza y á la devocion.

¿No es verdad, oyentes, que el dictado de Monserrate que damos á la Virgen, es otra de esas privilegiadas advocaciones, que desde una montaña de Cataluña se ha extendido por todo el orbe católico, y hace en todo su ámbito la esperanza de los fieles? Díganlo Roma, Viena, Nápoles, Palermo, Praga, París, Lyon, Ruan, Tolosa de Francia, Lisboa, Méjico, el Perú y otros puntos de las Américas; el antiguo y nuevo mundo, donde existen monasterios, iglesias, altares consagrados á la Virgen de Monserrate, y se pregonan con entusiasmo sus gracias y sus portentos.

Pero ciertamente, que más que cualquier otra nacion debe proclamarla España, que en su capital y en varias de sus ciudades y pueblos cuenta pueblos y capillas en honor de la celestial Soberana de Cataluña, porque en ella brilla su nacional gloria y el esplendor de su nombre. Con efecto, hermanos míos; la Virgen de Monserrate envuelve un título de grandeza y renombre, ya no solo para las catalanas comarcas, sinó para toda la nacion española. Tal es la idea que vengo á desarrollar en esta funcion religiosa. Virgen Santísima, para celebraros á Vos, para narrar excelencias el hombre es muy poca cosa, y yo soy verdaderamente nada. Concededme, pues, los auxilios que necesito, miéntras os decimos con fervor: A. M.

Parece que en sus inapeables designios para con el hombre ha mirado el Señor en todos tiempos como un lugar predilecto las montañas. En la del Moria manda á Abrahán que inmole á su hijo, figura del sacrificio de su humanado Verbo. En la de Oreb se aparece á Moisés, y le encarga la libertad de su pueblo; y despues, desde el Sinaí, otra vez le habla, y allí, en su humeante cumbre, le entrega las tablas de la Ley. Desde el Carmelo contempla Elías la nubecilla, que se levanta del fondo de las aguas y anuncia la suspirada lluvia, símbolo de la purísima Virgen, que había de derramar sus bendiciones sobre el mundo. El Tabor es el teatro de la transfiguracion del Dios-hombre, que revela á los atónitos discípulos el esplendor de su

majestad y la divinidad de su grandeza. Sobre una montaña dirige Jesús á las turbas aquel discurso, cuya sublimidad basta á acreditarle por el Enviado del Padre, y cuya doctrina comprende toda su religion y lo más perfecto y heróico de las virtudes. Por fin, en el Gólgota, se obra la redencion del humano linaje; y desde la cima del monte de los Olivos se eleva inmortal la humanidad de Cristo, vencedora de la muerte y del pecado, y va á franquear las puertas del Cielo á los descendientes de Adán, reconciliados ya con Dios, bajo cuya justa indignacion gemian por la rebeldía de sus primeros padres.

Nada extraño, pues, que, igualmente, sea una montaña la en que María se complace manifestar su poder de Madre de Dios y su amor de Madre del hombre. Monserrate es el Tabor, donde la Reina de los Cielos se ostenta en su majestad y gloria por medio de grandes maravillas é inauditos portentos. Monserrate es el Gólgota, en donde la Corredentora del hombre adopta á éste por hijo, inspirándole dolor de sus culpas y llamándole á la vida de la virtud y piedad. Ya en la misma configuracion de Monserrate y en su posicion topográfica ha querido Dios, al parecer, dejar impresa una idea de grandeza y religioso fervor. Figúrese una reunion de conos ó pirámides cilindricas inmensas, colocadas sobre una base enorme de rocas aisladas en la campiña, elevándose á mil trescientas veinte y seis varas al nivel de la llanura, y que, segun se la mira de diferente distancia, ora se asemeja á una sierra, de donde el nombre de *Mont-serrat*, ora á una ciudad rodeada de torres y murallas: ya sus agujas y obeliscos se presentan, como dice el P. Garau, cual si fuesen puntales del Cielo, ó forman en perspectiva los rayos de la corona que la declara por reina de las montañas; ya remedan, son ideas del arzobispo Marca, allí castillos almenados, y en todas figuras diversas y caprichosas. Minada la montaña por espaciosas y profundas cavernas, cubierta á trechos de árboles y plantas, que forman unas como manchas de hermoso verdor en sus costados rojizos, y ocultando en el cielo su cima circuida de nubes, diríase que es un templo primitivo elevado á Dios por las manos de la misma naturaleza. Solitaria y sin prestar albergue ni tránsito á los hombres, ni aún á los animales, recuerda los yerros de la Tebaida, donde separados de toda comunicacion con el mundo; pasaban su vida los anacoretas en el recogimiento y en la oracion. Y sin embargo, esa montaña escabrosa, y á primera vista punto ménos que inaccesible, esa desierta montaña encierra una grandiosa basilica, una vasta iglesia, y un monasterio de

los más capaces; monasterio é iglesia que han visitado millones de personas de todos sexos y de todas condiciones. Parece, dice Humbolt, que allí la montaña se haya entreabierto para recibir á los hombres en su seno.

Es que allí en la iglesia está la Virgen de Monserrate. Y el nombre de la Virgen de Monserrate es un nombre catalan, verdad; pertenece á España, no hay duda; pero es un nombre que todo el mundo conoce, que toda la cristiandad venera, que todos los fieles invocan: de ahí la afluencia de peregrinos que de todos los países del globo acuden á Monserrate, bendiciendo á la venturosa nacion que posee tan rico tesoro. Cinco mil quinientos cincuenta y dos entre franceses y flamencos tan solo, dice el P. Oliver, haber él mismo confesado en un año. Y el P. Burgos escribía, «ser cosa de mucha maravilla ver allí tantas diversidades de gentes de todos los países á donde se extiende el nombre cristiano; porque, prosigue el mismo padre, no solo de Cataluña, sinó tambien de toda España, Francia, Italia, Alemania, y de otros muchos reinos y provincias, llegan aquí tantos y de tan diversos lenguajes, que ni ellos se entienden, ni los que tienen el encargo de asistirles los pueden entender. Aquí vienen reyes, príncipes, duques y otros grandes señores; ricos y pobres, sábios é ignorantes; y de todos tanta multitud, que muchas veces no caben en la casa, ni aún en la plaza que está delante de la puerta; muchos se quedan en la montaña entre aquellos riscos y cuevas y debajo de los árboles como mejor pueden, de manera, que hay días que se hallan juntas más de cinco mil personas, y muchos días más de seis mil.»

Verdaderamente, oyentes, que quizá no hay santuario en la cristiandad que pueda presentar su catálogo de romeros igual al de Monserrate, á lo ménos por lo que respecta á las personas de alta distincion y suprema jerarquía. Monótono y pesado me hiciera si hubiera de citar los nombres de los varones célebres y de los que vestían regia púrpura, que en diversas épocas han visitado á la Virgen de la montaña aserrada. Veríais al emperador Carlos V, que estuvo nueve veces; á los emperadores Maximiliano II, Rodolfo II, y Carlos VI, y á las emperatrices Isabel y María, todos de Alemania: á los reyes de Aragon, Pedro el Grande y el otro el Ceremonioso, Jaime II, Fernando I, Juan II, y las reinas Leonor y Violante; á los reyes de España, Fernando é Isabel con sus seis hijos que todos ciñeron imperial ó real corona, de las cuales la de Portugal, la de Francia, la de Dinamarca, la de Bohemia, la de Hungría; á los Felipes II, III, IV y V; á Carlos IV, con su esposa y real familia, y otra vez á Fernando,

ya rey séptimo de su nombre, con su augusta consorte; la virtuosa María Amalia: á los héroes de santidad, Francisco de Borja, Luis Gonzaga, Salvador de Horta y Pedro Claver, y los dos famosos caudillos, uno de ellos el renombrado de Lepanto, llamado Juan de Austria.

¿Y á qué van á Monserrate tanto ilustre personaje y tanta muchedumbre de todos los pueblos del mundo? ¿Qué tiene de misterioso aquella imágen sagrada, que así atraiga á todos, sin distincion ni de nacionalidad ni de clase? ¿Es por ventura lo portentoso de la naturaleza, la rareza de la montaña lo que mueve á los curiosos? ¿Es el primor del arte en la magnificencia de la iglesia lo que invita á los inteligentes? Nó, oyentes, nó; es la Virgen; es su milagrosa imágen, aquella imágen de quien dicen todos los autores que de ella han escrito, que no son pocos, y lo confiesan cuantos la han visitado, que no puede expresarse lo que acontece cuando se la mira. El corazon late fuertemente, la frente se ruboriza, tiemblan los miembros, el hombre se confunde y anima á la vez; y la tierra y el mundo y las criaturas todo desaparece, para dar lugar á ideas santas y sentimientos piadosos. Naturalísimo encuentro, por consiguiente, lo que nos refieren las historias, de que hayan llegado á Monserrate varios caballeros, y aún príncipes de reinos remotos, habiendo andado larguísimo trecho á pié; de que muchos hayan subido descalzos, como lo hizo la reina Violante, la dilatada y penosa montaña; unos de rodillas, otros con pesadas cruces de madera ó con barras de hierro en sus hombros, ó arrastrando gruesas cadenas, usando otros mil diversos géneros de penitencia.

Pero ¿qué mucho, si la mayor parte de los que han visitado á la Virgen de Monserrate, ha sido para darle gracias por alguna grande merced recibida un día de desventura? Allí están, testimonios perennes, cadenas, grillos, bretes, mortajas, carretones, muletas, buques, esqueletos de animales fieros, trofeos militares, figuras de hombres y mujeres; ex-votos á millares y de especies sin número. Allí están.... estaban, ¡ay! que mano sacrilega lo arrebató.... el sagrario, el trono de la Virgen, las gradas del altar, la multitud de lámparas, todo de plata; el viril de oro, los diamantes, las perlas, los ópalos, los zafiros, las esmeraldas, los rubíes, las turquesas; sin cifra casi los brocados, las telas de plata y oro, y tanta y tanta joya y riqueza; testimonio toda esa riqueza de agradecimiento á beneficios recibidos, testimonio de devocion, testimonio de entusiasmo de ocho papas, de doce cardenales, varios prelados, cuatro emperadores, cinco

emperatrices, treinta y cinco, entre reyes y reinas, cuatro condes de Barcelona; y de gran número de príncipes, princesas, archiduques, duques, marqueses, condes y toda clase de personajes, de toda la cristiandad, en fin, á la Virgen de Monserrate.

¡Y bien! ¿No siente la nacion española, la nacion cuyo más esclarecido timbre es la pureza de su catolicismo, la nacion que debe al entusiasmo de su fé todas sus proezas y pujanza; no siente el más noble de los orgullos, no reputa una de sus preclaras glorias que envuelve á su Monserrate? ¡Oh! Italia se envanece en sus monumentos antiguos, y en las producciones de su genio artístico que van á admirar los extranjeros: Inglaterra, en las maravillas de su industria, que son el asombro del mundo: Francia, en los efectos de sus adelantos en todos los ramos que envía á todas partes: objetos materiales al fin. ¿Y la religiosa y la católica España estimará en ménos esa su montaña aserrada, portento de la naturaleza; esos grandiosos edificios, levantados entre sus enormes agujas, bajo sus rocas y sobre sus rocas por un prodigio del arte; esa Virgen de Monserrate, milagro de la Providencia, cuyo nombre consolador es invocado del uno al otro polo, á la cual han ido á visitar todas las naciones, y á cuyos piés han doblado sus rodillas todos los títulos y todas las grandezas?

Pero atended, hermanos míos, que hay todavía más. Sea lo que fuere de los progresos del siglo en la carrera de la civilizacion, dejando aparte cual sea el grado de exactitud ó verdad con que se llaman nuestros días de ilustracion, de filantropía, de regeneracion social, de empresas humanitarias; no puede negarse, que algunos de los pasados siglos nos han legado obras acabadas de las que en nuestra arrogancia individual creemos exclusivas de la presente época. La redencion de los esclavos en países bárbaros, devolviendo con ella al hombre su libertad y su patria; las misiones católicas entre los salvajes, humanizando así, permitidme la frase, á los que hombres por naturaleza, vivían sin embargo á la manera de irracionales: la enseñanza gratuita religioso-literaria á la niñez, especialmente de la clase pobre, aumentando con este medio el número de los buenos é ilustrados ciudadanos, son las instituciones civilizadoras y humanitarias de las que no somos nosotros los autores; las debemos á edades que ya pasaron.

Pues bien: esas empresas colosales que aplaudió con entusiasmo y reconocimiento la Europa, son empresas españolas. Españoles son los que las llevaron á feliz remate. Español San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, sociedad de intrépidos misione-

ros; español San José de Calasanz, fundador de las Escuelas pías, congregacion de enseñanza gratuita á los hijos del pueblo; español, si no por nacimiento, naturalizado ciertamente, San Pedro Nolasco, que en España funda su Orden mercedaria, redentora de cautivos.... ¿Y sabeis, oyentes, cuál es la cuna de estos institutos religioso-sociales? ¿Sabeis dónde sus fundadores concibieron la idea, invocaron las luces de lo alto, recibieron la inspiracion? En Monserrate. Allí Nolasco, como ántes de él San Juan de Mata, patriarca de la Orden trinitaria, tambien redentora de cautivos; allí el de Loyola y el de Calasanz, allí, á los piés de la Virgen pasaron los días y las noches en la oracion y en la abstinencia; allí dieron ensanche á su espíritu ardiente y á su corazon abrasado; allí su pensamiento traspasó los espacios y los abismos, y el amor á la humanidad volcanizó sus afectos; y si dejaron aquella soledad, que tan grata les era y donde tan inefables dulzuras disfrutaban, fué para llevar por orden de Dios la libertad, la civilizacion y la ilustracion á todos los ángulos del mundo.

Pueblos y gentes que habeis experimentado y experimentais sus efectos, saludad agradecidos á Monserrate, y saludad igualmente á España, que suya es la gloria de sus hijos, suya es la gloria de la Virgen que habita en su montaña. Y nosotros, españoles, reconozcamos la honra que nos cabe; apreciemos dignamente nuestra grandeza, paguemos con una filial devocion á la Virgen de Monserrate el renombre que le debemos. Desengañémonos por fin; que no nos seduzcan las ficticias glorias, el pasajero poderío, la prosperidad aparente de las naciones que se llaman grandes; nuestras principales glorias y nuestra sólida grandeza están en el catolicismo, en la unidad y pureza de nuestra fé. ¿Por qué á pesar de tantos trastornos, tantas guerras, tantas calamidades como se han desencadenado contra nuestra pobre patria, España todavía tiene sávia, tiene vida, y si no es respetada como ántes por las demás naciones, se guardan á lo ménos de despreciarla? ¿Quereis saberlo? Lo diré. Porque á España la sostiene una columna, y esta columna es indestructible: es la columna de Zaragoza: porque á España la defiende una montaña, y esta montaña es inexpugnable: es Monserrate. Encastillémonos, pues, en este lugar seguro: hagámonos fuertes en la devocion á la Virgen de Monserrate, y contra las rocas de la montaña se estrellarán todas las maquinaciones de los enemigos de la ventura de nuestra patria.

Cúmplase así, Virgen Santísima. Sois nuestro orgullo, nuestra es-

peranza: aceptad nuestros obsequios y oid nuestras súplicas. Salvad la nación que en Vos confía y entusiastamente os venera: prosperad y llenad de bendiciones á cuantos os invocamos con fervor, y sean estas bendiciones como prenda de la gloria, que á todos os deseo. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NECESIDADES.

Maríæ, de qua natus est Jesus.
De María, de la que nació Jesús.
(S. MATHEO, I, 16).

Hoy celebra la Iglesia universal el nacimiento de María, de la que nació Jesús, y en este templo se dedican las más festivas demostraciones al nacimiento de María, que nos socorre en las necesidades. El título de Madre de Dios nos mueve á solemnizar con alegría este nacimiento, y el título de nuestra Señora de las Necesidades nos estimula de nuevo á solemnizarlo con agradecimiento. Tan poco fia Dios de nuestra rusticidad y torpeza, que sobre los motivos generosos que la razón y la Religión nos ofrecen, acrecienta el de nuestros intereses y propia utilidad.

Hoy, hermanos míos, nace nuestro refugio, nuestro amparo, nuestro consuelo; nace la que nos ha de valer en todas las necesidades. ¡Qué fervorosos cánticos de alabanzas deben resonar en nuestras iglesias, en expresión de nuestros amantes corazones y pechos agradecidos! ¡Qué acorde consonancia debe haber hoy entre el Cielo y la tierra, para celebrar los felicísimos años de la Madre de Dios! Pero si los ángeles tienen motivo de júbilo por ser María Madre de Jesús, nosotros tenemos también el motivo de ser María nuestra Madre y nuestro amparo.

El sábio Criador del mundo, siempre justo y amoroso, fué el que sembró toda la tierra de espinas despues que los hombres la sembraron de culpas: esta fué la primera pena del pecado. ¡Quién tal creyera! ¡Aquella paternal y amorosa mano, que todo lo disponía para nuestro bien; que sentía palparle en el pecho el corazón con el amor á sus hijos; aquel Padre tierno y afectuoso, que nos consideraba como delicioso objeto de su amistad y cariño, es el que de industria ha llovido sobre los hombres tal inundación de trabajos, miserias y